

HA MUERTO UNA MAESTRA. TERESA DE CALCUTA

M^a Luisa Brey

El día 5 de septiembre, en Calcuta, ha muerto una maestra. Le llamaban «La madre de los pobres» y tenía el Premio Nobel de la Paz, pero antes había sido, mucho tiempo, una monja educadora. Una educadora responsable, tenaz, muy alegre; plenamente entregada. Durante diecinueve años, Teresa Bojaxhui –religiosa de Loreto– enseñó, simplemente, Historia y Geografía. Primero en Darjeeling, ciudad india situada al pie del Himalaya, y después en Calcuta, «la ciudad de la alegría». Sus alumnas, niñas indias de ojos negros y saris floreados, eran dulces e inquietas, como todas las niñas. Siempre con sus «porqués» a flor de labio, con sus preguntas desconcertantes, pequeñitas o hermosas: «¿Por qué hizo Dios el mundo, Madre Teresa?» «Madre Teresa ¿a dónde van las mariposas, cuando mueren?».

Teresa Bojaxhui, monja bajita, cetrina, enseña Geografía. Y siempre, la eterna cantinela:

«La república india tiene 3.268.000 km², 500 millones de habitantes, su lengua oficial es el hindú y su capital Delhi. Está formada por diecisiete estados...». Y las niñas indias de ojos negros y saris floreados corean, con monotonía infantil, los nombres de leyenda: Assam, Bengala occidental, Gujerat, Madrás ... hasta llegar a diecisiete, sin equivocarse. Sobre el mapa de colores vivos, Teresa les señala el Himalaya, con sus cimas inmensas; el río Ganges, sagrado; les habla del viento Monzón, que provoca la alternancia de las estaciones; de los puertos principales: Bombay, Calcuta, Madrás. Y las niñas, dócilmente, sonríen y repiten: Bombay, Calcuta, Madrás ...

Teresa les enseña, también, Geografía de la India. Con gráficos, les explica en la pizarra las invasiones, las guerras. Les habla del imperio colonial inglés. De la reina Victoria, emperatriz de la India. De los movimientos nacionalistas, que ellas mismas están viviendo y sufriendo. Especialmente, les habla de Gandhi, el Mahatmá, tan venerado por todos. Cuando habla de Gandhi, las niñas indias de ojos negros observan en los ojos de Teresa, profundos y oscuros, un rayo de simpatía y de hermandad. Porque a Teresa, la profesora de Historia, le atrae la violencia de los pacíficos, que postula el gran líder. También ella, sin armas, con la fuerza del amor, quisiera hacer prodigios por la India, su patria de adopción. Al St. Mary's School, cole-

gio donde enseña, ha llegado, imparable, el fuerte olor de la miseria, de las hambrunas de Calcuta. Una miseria que lo impregna, que lo invade todo. Teresa ha recorrido los suburbios, los morideros de Motijhil, y se siente interpelada, urgida, atenazada por la compasión. Por encima de la pobreza material, del sida, de la lepra, descubre que la mayor enfermedad de aquellos pobres seres es la sensación, tan amarga, de no sentirse queridos. Entonces, responde a la «Llamada». Teresa da un giro a su vida e, impulsada por Dios, se integra en este ambiente. Quiere dignificarlo, salvarlo. Funda las Misioneras de la Caridad y comienza a dar al mundo, sin alardes, la lección más importante de su labor de educadora: la entrega incondicional, absoluta, a los pobres más pobres. Su misión se inspira, esencialmente, en las palabras de Jesús: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era extranjero y me visitasteis. Estaba desnudo y me vestisteis. Estaba enfermo y me curasteis».

Varias indias de ojos negros y corazón generoso, a quienes Teresa había enseñado, con la Historia y la Geografía, la sabiduría del espíritu, siguieron a su maestra. Y emprendieron con ella, por todo el mundo, la revolución silenciosa de la caridad; la violencia pacífica de los seguidores de Cristo.

El día 5 de septiembre, en Calcuta, se replegaron, definitivamente, las alas de Teresa. Era ya el atardecer, la hora de examinarse sobre el amor. La lloraron, con infinito desconsuelo, los pobres-pobres, marcados por el hierro del sufrimiento. Teresa había terminado su lección, pero ésta recomenzaba, con fuerza, en Australia, en Gaza, en Amman, en Nueva Guinea, en Estados Unidos, en España, en Polonia, en Berlín, en Venezuela, en Moscú ... en todos los rincones del planeta. Porque a todos los rincones, por el misterio de la caridad, había llegado la voz pequeña de Gonxha Bojaxhui, la monja cetrina y menudita que enseñaba Historia, y Geografía, al pie del Himalaya. Sus alumnas eran bonitas niñas indias, inquietas y preguntonas, como las niñas de todo el mundo. Con ojos negros de azabache y leves saris floreados.